piezos que hallaba Chabran en su retirada, salió á su encuentro Duhesme de Barcelona, donde entraron juntos el dia 12.

Reunidas en Barcelona las dos columnas que acababan de regresar, determinó Duhesme que volviesen á salir juntas, con el fin de castigar á Manresa; lo que juzgaba fácil de conseguir, y no por eso distraia sus fuerzas á gran distancia de la capital. Tomaron pues las dos columnas la via de Manresa, y en el camino cometieron mil tropelías, especialmente en Martorell y Esparraguera, que se hallaban desprevenidas. No se intimidaron los manresanos; antes bien fortificado con prevencion el punto del Bruch, donde habian escarmentado á los enemigos, trataron de defenderle, ayudados del paisanaje de la comarca, de algunos soldados que fugados de Barcelona se les habian reunido, cuatro compañías de voluntarios de Lérida, donde residia la junta, y cuatro piezas de artillería. Acomitiéronles los franceses el dia 14 con 8.000 hombres de que constaban las dos columnas, fuerza doble de las que contaban los somatenes. Empeñándose en hacerse dueños de la posicion, repitieron varias veces sus acometidas; pero fueron siempre valerosamente rechazados. Por fin, viendo que no podian desalojar á los nuestros, se retiraron con pérdida de 500 hombres y parte de su artillería, y entraron llenos de confusion en Barcelona.

Duhesme, que habia enviado las dos espediciones por órden de Napoleon, viendo que no podia cumplirla, se limitó, como hemos dicho ya, á mantener espedita la comunicacion con Francia, y se puso en

marcha por el camino de Hostalrich con fuerzas respetables. Hiciéronle frente los somatenes en la cuesta de Mongat; flanquearon los franceses la posicion, y se dispersaron los paisanos, cometiendo en seguida mil atrocidades los franceses. Lo mismo hicieron en Mataró, cuyos habitantes los recibieron á metralla. Desbandáronse pronto, y los enemigos entraron en la ciudad industriosa y rica, donde ademas de un inmenso pillaje, asesinaron muchos habitantes, forzaron un gran número de mujeres de todas edades, y cometieron todo género de escesos, no solo los soldados desenfrenados, sino hasta los mismos generales. Las niñas y las ancianas, como igualmente las jóvenes, no habian disparado la artillería; pero los franceses habian formado un derecho de la guerra para sí solos.

Siguieron al otro dia su marcha con direccion á Gerona: el pillaje y los estragos, la desolacion y la muerte marcaban los pasos de aquella tropa; soldados de una nacion que blasonaba ser la mas civilizada del universo. Padecieron infinito los pueblos del tránsito, y dichosos los habitantes que podian huir y esconderse con tiempo. Nada remediaba Duhesme, ó porque no podia, ó no queria, y seguia pasivamente su marcha para Gerona, á cuya vista se presentó el dia 20. Trescientos hombres nada mas del regimiento de Ultonia y algunos artilleros guarnecian la plaza; pero el vecindario suplió la falta de soldados: nobles y plebeyos, seglares y eclesiásticos, jóvenes y ancianos, todos tomaron las armas y defendieron con valor los puestos en que fueron colocados.

Al presentarse los enemigos, fueron saludados á cañonazos, é incomodados se replegaron á las aldeas vecinas, que saquearon y quemaron, degollando á sus habitantes. Esto fué por la mañana; por la tarde volvieron á presentarse, y acometieron tres veces con empeño por tres puntos distintos: siempre fueron rechazados con mucha pérdida, y llegó la noche, que suspendió sus ataques. Era una noche muy oscura, y aproximándose con mucho silencio á la muralla, empezó un combate sangriento con los sitiados, que los sintieron cuando ya estaban cerca de los muros. Escalaron algunos la muralla; pero fueron derribados, arrastrando á los que les seguian por las escalas. No por eso cesaba el fuego, hasta que muertos y heridos considerable número de sitiadores, suspendieron estos su acometida. La renovaron á media noche; pero quedaron igualmente escarmentados, y al dia siguiente, 21 por la mañana, despues de haber perdido 700 hombres, emprendieron su retirada por el camino de Barcelona, devastando el país por donde pasaban, bien que los somatenes les hacian pagar en parte sus iniquidades; pues habiendo quedado parte del ejército en Mataró, salieron 3.500 hombres á buscar víveres, y fueron denodadamente acometidos por los paisanos en varios puntos, haciéndoles últimamente huir y apoderándose de su artillería. Duhesme entró en Barcelona con el resto de sus tropas, nada satisfecho de su espedicion, y á poco tiempo tuvo que mandar fuerzas de nuevo contra los somatenes de la parte de Lérida, que le cortaban las comunicaciones, é incomodaban sin cesar á sus tropas. Los ahuyentó el general Lechi, cometiendo escesos y atrocidades que dejaban atrás á las de sus dignos compañeros: mas no por eso se arredraban los catalanes; pues aunque dispersos por entonces, no tardaron mucho en volverse á presentar llegando hasta las inmediaciones de Barcelona.

Todas estas operaciones de los franceses en Castilla, Aragon y Cataluña procedian de órdenes inmediatas de Napoleon. Murat, desde Madrid, las daba por lo respectivo á las demas provincias. Hemos visto ya el resultado que tuvieron en Asturias y en Valencia. El estado de Andalucía le indujo tambien á querer dominar con tiempo aquella hermosa parte de nuestra Península. Con este fin dió órden al general Dupont para marchar con unos 10.000 hombres, nada menos que á Cádiz, y este general anunció al ministro de la guerra de Francia el dia que debia entrar en aquella fuerte, hermosa y opulenta plaza: tan desatinados andaban los franceses, deslumbrados con los triunfos que habian conseguido en toda la Europa. Más prudente hubiera sido haberse detenido á considerar que todavía les faltaba pelear con españoles; así no hubieran errado tan torpemente, ni se hubieran espuesto á desengaños y penosas humillaciones.

Salió Dupont de Toledo, donde se hallaba, el dia 24 de Mayo. Nada de particular le ocurrió en el camino hasta Sierra Morena: solo advertia fermentacion y despego en los naturales del tránsito. Mas al entrar en la Carolina, le inquietó el verla abandonada de sus habitantes, y mucho mas la noticia que tu-

vo en Andújar del alzamiento de Sevilla. Siguió no obstante su marcha, y llegó al romper el dia 7 de Junio al puente de Alcolea, donde le detuvieron los españoles que le ocupaban, mandados por el oficial D. Pedro de Echávarri. Estaba defendido por doce piezas de artillería y tres mil hombres de tropa con mayor número de paisanos. Acometió dos veces la caballería francesa á la nuestra que se habia situado á la izquierda del rio, y aunque no pudo desbaratarla, logró contenerla para que no impidese á su infantería acometer el puente. Le acometió con resolucion; pero la batería que habian levantado los españoles, sostenida por alguna tropa mandada por Lasala, oficial valiente, detuvo por algun tiempo el ímpetu y arrojo de los franceses. Desgraciadamente la batería, levantada de prisa y no concluida todavía, no se prestaba á una defensa en regla: por otra parte, los paisanos que por la vez primera se hallaban en una funcion tan séria de guerra, desampararon la tropa, y los franceses pudieron escalar la fortificacion. Nuestra caballería acometió entonces á la enemiga, por lo que Dupont se vió precisado á enviar en su auxilio una brigada, y no pudo seguir el alcance de los españoles, que se retiraron sin desórden, salvando la artillería, escepto un cañon, cuya cureña se habia inutilizado. Dos horas duró el combate, en el que perdieron 200 hombres los franceses, y otros tantos los españoles. Echávarri no se detuvo en Córdoba, teniendo por imposible su defensa.

A las tres de la tarde de aquel mismo dia se presentaron los franceses delante de la ciudad, cuyos habi-

tantes pidieron capitulacion, y mientras sobre ella se conferenciaba, á pretesto de algunos tiros que se dispararon de la muralla, tal vez casualmente, entraron estrepitosamente los franceses en la ciudad, acuchillando á cuantas personas encontraban. Siguióse un saqueo general, en que no se respetó ni las iglesias, ni la pobre habitacion del jornalero: acompañaron al pillaje las violencias de costumbre con las mujeres, convirtiendo los templos en burdeles. Esta era cabalmente la idea que los españoles habian formado de los franceses cuando asombraban á la Europa con las relaciones de sus victorias: si era un concepto equivocado, muy mal hicieron en hacérselo mirar como verdadero con su infame conducta. Los resultados debieron de hacerles conocer su desacierto, pero tarde. Inmenso fué el saqueo da Córdoba: solo de la tesorería y consolidacion sacó Dupont mas de 10.000,000 de reales: no sabemos lo que se llevaria de otros depósitos públicos: es incalculable el valor de los despojos de la catedral y demas templos; y nadie es capaz de saber á cuánto ascendió lo que robaron en las casas y edificios, ademas de las fuertes contribuciones que impusieron despues á la ciudad, no saciada todavía su codicia con tan cuantioso botin. ¡Qué militares tan pundonorosos! ¡Qué vencedores tan generosos!

No las tenia todas consigo el general Dupont en medio de su tan pingüe como bárbara victoria. Se hallaba en un país todo levantado contra él: veia cortadas de todo punto sus comunicaciones con la corte: los paisanos se apoderaban de los convoyes y

perseguian á sus soldados en todas direcciones: en Andújar, á su retaguardia, y no muy lejos de su residencia, hicieron prisionero á un destacamento francés, matando al comandante con tres soldados de su guardia que intentaron resistirse: mas atras, en Santa Cruz de Mudela, se apoderaron de un depósito de víveres que habia dejado en aquella villa, matando á varios de los soldados que la guarnecian, y haciendo prisioneros otros: los restantes se quisieron refugiar en Valdepeñas, pero se opusieron á su entrada los vecinos, y tuvieron que caminar por fuera del pueblo. Reforzados despues, volvieron contra la villa. Tiene esta una calle de cerca de un cuarto de legua, la cual cubrieron de arena los habitantes, sembrando debajo clavos y otros hierros puntiagudos; atravesaron tambien la calle con maromas que ataron á las rejas de las casas, cuyas puertas atrancaron con cuanto pudieron, y entorpecieron las bocacalles que desembocaban en la calle principal. Entró una descubierta, y tropezando y cayendo á cada paso los caballos, arrojaban en tierra los ginetes: entonces llovian sobre ellos cantos, tejos, ladrillos y balazos, agua y aceite hirviendo, tablas, maderos y cuanto tenian á mano los vecinos con que poder ofenderles. Entró mas caballería á proteger á los soldados de la descubierta, y les sucedió lo mismo. Los franceses entonces pusieron fuego á las casas por los costados del pueblo, degollando á cuantos encontraban en ellas, en las cuevas y el campo: se abrasaron mas de ochenta casas. Viendo este destrozo, algunos vecinos principales con el alcalde mayor, se avistaron con el general

enemigo, el cual contando ya muertos mas de ciento de los suyos, fácilmente convino en las proposiciones que le hicieron, y cesó la contienda; pero no juzgó prudente pasar adelante, y se retiró á Madridejos.

Angustiado Dupont, se retiró de Córdoba y se situó en Andújar. Desde allí envió parte de sus tropas á Jaen, donde entraron sin la menor resistencia, y sin embargo renovaron todas las crueldades, sacrilegios, forzamientos y pillaje de Córdoba y otros puntos, degollando niños y ancianos, y martirizando ferozmente á varios religiosos enfermos. Repugna el contar tantas atrocidades. Por fortuna esta fué la última que pudieron cometer los franceses en Andalucía. La Providencia quiso poner un término á los horrores de los vándalos en los campos de Bailen.

En Castilla la Vieja, el general Cuesta, á quien dejamos camino de Benavente en el reino de Leon, habia llegado á aquella villa, donde recogió los dispersos de la batalla de Cabezon; y con ellos y con el cuerpo de escolares de Leon, los mozos que seguian alistándose en la provincia, un batallon de reclutas asturianos, la caballería que se habia hallado en Cabezon, y los carabineros que dijimos habian ido á Asturias, formaba un pequeño y nada disciplinado ejército. Por esta razon pidió á las juntas de Galicia y Asturias, que bajasen á incorporarse con él las tropas de aquellas dos provincias. Resintiéronse las dos juntas de la demanda de Cuesta, teniendo por desacertado que una gente bisoña bajase á las llanuras á batirse con tropas bien disciplinadas y aguerridas, provistas tambien de numerosa y brillante caba-

llería de que carecian los nuestros; cuando podia irse adiestrando y fogueando, sin peligro de ser atacada, en los puertos y breñas que dividen á Galicia y Asturias del reino de Leon. La junta del principado convino sin embargo en que se quedase en el ejército de Cuesta el batallon de Asturianos que ya se le habia incorporado, y que otro bajase á Leon. La junta de Galicia hubo de condescender con los deseos del general Cuesta, impelida de un suceso trágico ocurrido en su ejército. Habia nombrado para mandarle á D. Antonio Filangieri, varon prudente y recomendable, quien condujo las tropas que habia en la Coruña, compuestas en mucha parte de los nuevos alistados, á las montañas contiguas del Vierzo, con el objeto de organizarlas y disciplinarlas, y guardar al mismo tiempo las entradas de Galicia. Gozaba de poca salud; por esta razon y porque como estranjero no era muy bien mirado por todos, le habia mandado la junta regresar á la Coruña, dando el mando del ejército á D. Joaquin Blake, quien se encargó de él el 21 de Junio. El 24, algunos soldados de Navarra, resentidos sin duda de que el general Filangieri hubiese hecho salir su regimiento al Ferrol desde la Coruña cuando el levantamiento de esta ciudad, le asesinaron vilmente en las calles de Villafranca del Vierzo, quedando por entonces impunes los asesinos, si bien con el tiempo pagaron debidamente su delito. Aterrada la junta de Galicia con este crímen, que como todos los de aquel tiempo tenia su orígen en la suposicion ó pretesto de infidelidad, cuidadosa de evitar aquella infausta nota, en que temia incurrir si no

permitia que avanzasen las tropas, como lo pedia generalmente el pueblo que tanto deseaba destruir á los franceses, dió órden á Blake para que se incorporase con Cuesta en los llanos de Castilla. Contaba el ejército de Blake 27.000 hombres de infantería; muy pocos caballos, pues no pasaban de 150, y mas de treinta piezas de artillería de campaña. De este número dejó 1.000 hombres en la Puebla de Sanabria y 6.000 en Manzanal, y con el resto pasó á Benavente donde se unió con Cuesta, que reunia 7.000 hombres de infantería y poco mas de 300 caballos. Blake dejó en Benavente unos 5.000 hombres, y con el resto, que en su totalidad ascenderia á unos 22.000 hombres, salieron los dos generales camino de Rioseco. Habia en el ejército considerable número de reclutas, muchos de ellos todavía sin uniformar, y apenas se contaban 500 caballos. Fué grande imprudencia aventurar un trance en la llanura con tales elementos. Pero Cuesta, que como general mas antiguo habia tomado el mando, se empeñó en salir á buscar á los franceses, y por desgracia su resolucion era del gusto del soldado. No rehusaban el combate los enemigos, y el 9 de Julio salió de Burgos el general Bessieres con 12.000 infantes, y mas de 1.500 caballos. El dia 14 se avistaron las avanzadas de los dos ejércitos en el pueblo de Palacios, á legua y media de Rioseco. Blake tomó posicion junto á Rioseco en un otero en los campos de Monclin. Detras de él se colocó Cuesta, mediando una distancia bastante grande entre los dos cuerpos de tropas. Causó admiracion á los franceses tan irregular colocacion,

que les presentaba la facilidad de acometer separadamente á los dos trozos del ejército. No entramos nosotros á investigar la causa de aquel yerro: ora impericia, ora culpa de los dos generales por sus celos y deseo de llevarse cada uno la gloria del vencimiento, el hecho fué que los enemigos consiguieron fácilmente una victoria, que á pesar de su pericia debia costarles mucho trabajo, atendido el número, valor personal y entusiasmo de los españoles, si bien bisoños y faltos de caballería.

Acometieron los franceses la posicion de Blake, que defendieron con valor nuestros soldados, aun los nuevos, por algun tiempo; pero reiterando sus acometimientos los franceses, empezaron á desordenarse. Otro cuerpo enemigo trataba de situarse entre Blake y Cuesta: le acometieron con la mayor intrepidez los guardias de corps y los carabineros reales, y le desconcertaron: acudió entonces su caballería, y la nuestra se amparó de la infantería. Embistió en seguida una division de Galicia que mandaba Cuesta, y fueron arrollados los enemigos, perdiendo cuatro cañones. Empero se aumentaba la confusion y el desaliento en el trozo que mandaba Blake, y no dando ya cuidado á los enemigos que le combatian, se dirigieron estos contra aquella division y la dosordenaron. Acometieron entonces los enemigos con grande ímpetu por todas partes; la derrota se hizo general, y los dos generales se retiraron hácia Villalpando con el ejército así desordenado y disperso. Perdimos en la jornada 4.000 hombres, muertos, heridos, prisioneros ó estraviados. Murieron el valiente con-

de de Maceda, grande de España y coronel del regimiento de infantería de Zaragoza, que mandaba la vanguardia, y los ayudantes mayores de carabineros Escobedo y Chaperon, despues de haber causado grande estrago en los enemigos. Estos por su parte tuvieron 300 muertos y mas de 700 heridos.

Entraron los franceses en Rioseco, sin la menor oposicion por parte de sus vecinos, y sin embargo cometieron en la ciudad los mayores escesos. La saquearon completamente; mataron á cuantos encontraron, sin distincion de edad, de sexo ni estado: quemaron mas de cuarenta casas, destruyeron fábricas, destrozaron templos y conventos, forzaron mujeres, y algunas delante de sus padres y maridos: arrastraron otras al campamento, donde tan brutalmente las oprimieron, que algunas perdieron allí mismo la vida: convirtieron la iglesia de Santa Cruz en un lugar de abominacion, y en ella, ¡sacrílegos! cebaron su apetito bestial hasta con muchas monjas, tanto jóvenes como ancianas. Demasías atroces é impías, que no puede autorizar el derecho aun de la guerra mas justa; y ¿qué será cuando se hace la guerra sin ningun derecho?

Avanzó Bessieres á Benavente, y desde allí se dirigió á Leon por la izquierda del Ezla. Cuesta, que habia entrado en esta última ciudad, se retiró hácia Salamanca. Blake se guareció de las montañas.

Cuando se daba la batalla de Rioseco, José Bonaparte, que como dijimos, pisó el territorio español el dia 9 de Julio, caminaba poco á poco hácia la capital del reino, receloso de algun contratiempo en la